

CARMEN MANZANEQUE

DONDE BROTAN LAS VIOLETAS



FINALISTA PREMIO PLANETA 2014



EDITORIAL CÍRCULO ROJO



Donde brotan las violetas

Carmen Manzaneque

Índice

- [1. ENCUENTROS](#)
- [2. TERESA](#)
- [3. MORAS PARA LOLA](#)
- [4. CELESTE](#)
- [5. CAFÉ DE PUCHERO](#)
- [6. ANSELMO Y JULIETTE](#)
- [7. MARGA](#)
- [8. UN DIENTE Y DOS BOTONES](#)
- [9. CADA COSA A SU TIEMPO](#)
- [10. UNA CULPA HEREDADA](#)
- [11. PAZ Y MARÍA](#)
- [12. EL TREN DE LAS SIETE](#)
- [13. MANUELA](#)
- [14. REZOS SOBRE LA FALDA](#)
- [15. SOBRE EL HULE DE CUADROS](#)
- [16. CONFIDENCIAS](#)
- [17. FANTASMAS SOBRE LA MESA](#)
- [18. JENARO](#)
- [19. NOCHE DE TEATRO](#)
- [20. CONFESIONES](#)
- [21. SANTA ELENA](#)
- [22. EL AMOR NO ENTIENDE DE OLVIDOS](#)
- [23. SOBREVIVIENDO](#)
- [24. TIEMPO DE RESPIRAR](#)
- [25. LA CASA DEL SOTO](#)
- [26. MIL SONRISAS ESCONDIDAS](#)
- [27. TRAS EL VERANO](#)
- [28. UN HOMBRE NO PUEDE ESTAR SOLO](#)
- [29. EN EL CUARTO VERDE Y ROSA](#)
- [30. AGUAMARINA](#)
- [31. LA NOCHE DE SAN JUAN](#)
- [32. LA CARICIA MÁS SEGURA](#)
- [33. SIN PEDIR CUENTAS](#)

- [34. TIERRA DE MAGIA](#)
- [35. BALBINA](#)
- [36. TELMA](#)
- [37. SILVANA](#)
- [38. REENCUENTRO](#)
- [39. CHOCOLATE CALIENTE](#)
- [40. LA DESPEDIDA](#)
- [41. BOLLOS DE ACEITE](#)
- [42. UN PASEO CORTITO](#)
- [43. MÁS VIVA QUE NUNCA](#)
- [44. AL ARRULLO DE LA FUENTE](#)
- [45. NANA DE CORAZÓN Y LLUVIA](#)
- [46. SI FUERA VERDAD...](#)
- [47. EL AURA DE CELESTE](#)
- [48. LA OTRA OPCIÓN](#)
- [49. AL RUNRÚN DE LA MECEDORA](#)
- [50. VOLAR POR FIN](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)

Cuando el sonido de sus voces se apagó en el tiempo,
sentí que había perdido algo grande.

Pero la siembra era buena y terminaron brotando...

A ellas, mis abuelas. Rosa y Elvira.

Gracias por poner en mi corazón la semilla de las violetas.

1. ENCUENTROS

Fui a verla una tarde de marzo.

Hacía frío.

A pesar de que ese día comenzaba la primavera en el calendario, el clima se empeñaba en desmentirlo. Las nubes grises ponían un toque de tristeza en el ambiente, y el viento gélido de la sierra de Madrid me traspasaba la chaqueta de lana.

Había dejado el abrigo en la percha en el último momento, engañada por un tenue rayo de sol solitario y fugaz.

Aquel invierno había sido especialmente crudo, y no solo por el frío. Las conversaciones eran tristes, los ánimos bajos, las noticias preocupantes.

En la loca carrera de descenso que habíamos comenzado hacía unos años, cada vez participaba más gente.

Al principio cayeron los de siempre.

Los primeros que llegan al suelo son los que están más abajo.

Pero luego inevitablemente fueron cayendo los más cercanos, familiares, conocidos... y empecé a sentirme como si estuviera en un tiro de feria sin posibilidad de moverme, mientras un tirador apostado frente a mí disparaba caprichosamente.

Así me sentía mientras todo mi entorno se desmoronaba, hasta que un día, triste día, me llegó el turno.

Hacía casi un año.

Me despidieron en grupo junto a otras dos compañeras.

No por ser compartido fue menos traumático, o quizá sí, no sé, por lo menos Andrea tuvo una feliz idea al salir a la calle y dejar atrás el edificio en el que habíamos entrado varios años de nuestra vida.

—¿Y si nos tomamos un chocolate con churros? —
Marisa asintió sin poder articular palabra.

Yo por mi parte me limpié con disimulo una lágrima rebelde que me colgaba de las pestañas y dije intentando quitar dramatismo al momento:

—Claro, habrá que celebrar que somos libres.

Aunque por mi naturaleza positiva me negué a sentirme mal, según pasaban los días he de reconocer que mi optimismo mermaba.

Tenía más tiempo, eso sí, para ocuparme de cosas y de personas que antes dejaba a un lado.

Por eso, ese día de marzo caminaba con paso rápido hacia la puerta principal de la residencia de ancianos, esperando el reencuentro con una parte de mi pasado.

—Busco a Amelia Moreno —le dije a una chica con bata blanca y sonrisa dulce, que me indicó la sala de espera.

—Siéntese, por favor, mientras voy a buscarla.

Me acomodé en un sofá de dos plazas que había junto a un enorme ventanal. La habitación era amplia, de paredes blancas, había varios sofás tapizados en color marrón oscuro y algunos silloncitos pequeños de piel sintética

verde. Aunque entraba luz a raudales por los grandes ventanales, a mí todo se me antojó triste.

Alguien, quizá en un intento de poner un toque de alegría en aquella decoración totalmente insulsa, había colgado en una de las paredes un par de cuadros baratos, una puesta de sol sobre campo de trigos y otra puesta de sol sobre el mar. «Un tema muy apropiado», pensé con ironía.

Empecé a sentirme incómoda, quizá no había sido buena idea venir, puede que no me recordara.

Pero así soy yo, actúo y después pienso.

Había decidido ir a verla después de hablar con su hija viva, mi amiga de la infancia, y de escuchar a su hija muerta, mi otra amiga de la infancia, desde algún lugar profundo de mi conciencia.

Aunque el recuerdo de Alicia, muerta en accidente de tráfico a los veinte años, me acompañaba siempre, era algo de lo que rara vez hablaba, como si no tocando el tema, doliera menos.

Al principio quería creer que estaba a mi lado, que de alguna manera me acompañaba, incluso a veces tenía que echar mano de la fría lógica para convencer a mi parte irracional de que por mucho que lo deseara o lo temiera, no me la iba a encontrar al entrar a la cocina.

Al final decidí esconder la tostadora que me regaló en mi cumpleaños, para dejar de sentir su presencia por todos los rincones.

A su hermana Melita me la encontré un día de tantos en los que salir a la calle con cualquier pretexto se había

convertido en una necesidad, para no dejarme atrapar por el sofá y el pijama.

Aunque siempre habíamos congeniado bien, hacía tiempo que la había perdido de vista y de oído, ya que, durante años, ninguna de las dos habíamos levantado el teléfono para llamarnos.

Pero los recuerdos se agarran al alma y se quedan ahí camuflados, esperando, aplastados por las últimas vivencias, adormilados pero no muertos, dispuestos a salir a escena vivos y frescos en el momento que los evoquemos.

Por eso, de pronto, al encontrarnos aquel día Melita y yo, fue como si el tiempo perdido no hubiera pasado, y retomamos la conversación que ayer, hacía diez años, se nos quedó a medias.

Ayer me contó que su hijo suspendió cinco asignaturas de bachiller, hoy ha terminado la carrera de filología inglesa.

Ayer yo tenía trabajo y una pareja a ratos, hoy solo tengo una hija que me quedó como único recuerdo de esa relación que me esfuerzo en olvidar continuamente.

Nos pusimos al día rápidamente en la puerta del banco, donde nos encontramos cuando yo salía de pelearme con el cajero automático que había engullido mi tarjeta de crédito sin darme nada a cambio.

Ella llegó tan elegante, tan segura...

—De desayunar —dijo.

—¿Ah, que trabajas aquí?

—Sí; llevo dos meses, me cambiaron de sucursal cuando me ascendieron, está un poco más lejos, pero merece la pena. ¿Y tú qué haces por aquí?

Le resumí mi pequeño contratiempo con la tarjeta y le dije que me iba a dar una vuelta para ver si mientras se despejaba un poco aquello, que llegaba la cola hasta la puerta.

—Pasa, que yo te lo soluciono en un momento.

—No, ahora vuelvo, es que tengo cita con el dentista y llego tarde —le dije mintiendo sobre la marcha—. ¿Hasta qué hora estás?

—Salgo a las tres —me contestó.

—Vale, pues a las dos y media estoy aquí; si quieres te espero y tomamos una cerveza.

—De acuerdo, a las dos y media nos vemos.

Salí a la calle por fin, deseando irme a casa, necesitaba cambiarme de ropa urgentemente, sobre todo de zapatos. No había sido consciente de mi deterioro progresivo desde que me despidieron del trabajo, hasta el momento en que tuve a Melita frente a mí.

Desde que éramos pequeñas ella siempre deslumbró. Su hermana y yo caminábamos a su lado como el material sobrante que la diosa belleza había desechado después de hacerla a ella. Sin embargo, nunca pareció darse cuenta. También brillaban sus notas en el colegio, y por supuesto era una hija modélica.

Puede parecer exagerado, pero no, no lo es; aunque parezca mentira, hay gente así. Tenía los requisitos necesarios para que todo el mundo la quisiera, pero la envidia que despertaba empezando por su hermana, hacía que las demás niñas no le tuvieran mucha simpatía.

Llegué a casa, me duché, me sequé el pelo moldeándomelo con pericia, me perfumé, me vestí informal, pero cuidando los detalles, y por supuesto me puse unas botas de tacón alto.

Luego me miré en el espejo. Ahora sí, ahora volvía a ser yo.

La dejadez, el no tener que salir a trabajar, el que nadie se fije en cómo vas, el que nadie absolutamente nadie se preocupe de si te levantas o no de la cama, la impotencia para solucionar tus problemas, todo eso, unido a la sensación de fracaso, me había llevado a un estado de apatía que me impedía salir del bache.

El encuentro con Melita fue como una bofetada a tiempo. Me despertó del letargo.

La vida sigue —me dije—. Allá voy.

Una puerta se abrió al fondo del pasillo y una caravana de sillas de ruedas empujadas por chicas con pijamas azules, anunciaba el final de la merienda y el comienzo de la hora de visitas.

Durante la espera, habían ido llegando algunas personas más, solas o en parejas. Algunas venían como yo con un pequeño paquete de pastelería, a los abuelos les gusta el dulce, y a los visitantes les tranquiliza la conciencia.

La chica de la sonrisa dulce se acercó a mí portando una de las sillas de ruedas, me quedé sin palabras durante los segundos interminables que tardé en reconocerla.

Amelia no dijo nada, simplemente me miró esperando. Desde el fondo de su triste mirada creí ver un atisbo de su antigua ironía.

«Sigues igual», parecía pensar, «un lince, vamos».

Cuando por fin reaccioné, le di un beso, le cogí la mano y le pregunté:

—¿Me conoces?

—Pues claro que te conozco, Elena. Soy vieja, pero no estoy tonta.

—Ya, claro, perdona... Te veo bien —mentí—. Estás más delgada.

Me miró fijamente evaluando mi inteligencia una vez más.

—Sí, estoy muy bien. Aquí me cuidan divinamente. Personas que no conozco de nada me dan de comer comida que no me gusta, me acuestan en una cama que no es la mía y me pasean en esta silla de acá para allá... un lujo.

Constaté de esa manera que seguía teniendo la misma lengua afilada de siempre. De joven había sido la típica chulapa madrileña sacada de una zarzuela de Chapí: no se callaba ante nada, ni ante nadie.

Nunca olvidaré la bofetada que le dio al guardia de tráfico un día que nos llevaba de paseo al retiro.

Como niñas que éramos y encima tres juntas, íbamos todo el camino jugando y corriendo. Amelia regañándonos: que si estaos quietas, que si portaos bien, y nosotras sin hacer caso acabando con su paciencia. Hasta que al llegar a la glorieta de Atocha, Melita agarró a Alicia que corría como loca y esta por zafarse de ella se bajó del bordillo de la acera echándose encima de una moto que pasaba. El guardia, que desde el centro de la glorieta lo había visto todo,

dejó de tocar el pito, paró el tráfico y se acercó a nosotras gritando fuera de sí.

A Alicia, que no le había pasado nada, ya la había levantado su madre del suelo después de dar una bofetada a Melita y otra a mí por si acaso.

—Si es que no se puede ir así por la calle —decía el guardia—. Si la culpa no es de las niñas.

—¿Qué quiere usted decir? —Se le encaró Amelia.

—¡Pues que hay que tener más cuidado, señora! —le gritó el guardia en la cara—. ¡Que a las niñas hay que llevarlas bien sujetas!

—¡A ver si ahora me va a enseñar a mí a educar a mis hijas el guardia del pito!

—¡¡Oiga, señora, un respeto!!

—¡El mismo que me tiene usted a mí! Atropellan a mi hija delante de sus narices, y encima se me pone gallito.

—¿¡Que me pongo qué!?

Aquello se empezó a poner feo, porque la gente se le echaba al guardia encima al vernos a las tres pequeñas con cara de susto.

—Pero, hombre, ¿no ve que está asustando a las niñas? —decía una señora mayor.

—¡Pues sí, señor, que se me ha puesto usted chulo, y me ha faltado al respeto! —decía Amelia—. Y además que la culpa es suya por no haber echado el alto a la moto.

—¡Ya está bien! Eso se lo va a decir usted a mi superior. ¡Acompáñeme! —dijo el guardia agarrando a Amelia por el brazo.

Agarrarla del brazo y soltarle la bofetada al guardia fue todo uno.

—¡Que a mí no me toque! ¡Que ya voy yo solita! Y además que se le va a caer el pelo cuando le cuente a su superior que me ha agredido. ¡Porque me ha agredido, que lo sepa!

—Señora, que yo no la he tocado... de momento.

—Lo ven ustedes —decía Amelia dirigiéndose al corrillo de curiosos—. Me está amenazando.

El guardia, controlándose por la presión de la gente, se tragó la rabia y tiró de Amelia rumbo al cuartelillo.

Mientras caminábamos, ahora sí cogidas de su mano, yo miraba y admiraba la fuerza que transmitía esa mujer, estirada, con la cabeza bien alta, murmurando por lo bajo: «Con todos los guardias que hay en Madrid y que me haya tenido que tocar el más tonto, hay que jorobarse con el tonto el pito, si es que a algunos los sacan de entre los terrones, les dan un uniforme y se creen generales».

Aquella tarde no fuimos al retiro. La pasamos «detenidas» mientras Amelia crispaba los nervios del cabo después de que otros dos policías, primero uno y luego otro, la dejaran por imposible.

Ella seguía en sus trece. Según su versión le habían faltado al respeto, además de atropellar a su hija por la negligencia del guardia.

Como aquello se alargaba, nosotras tres terminamos corriendo por los pasillos ante la desesperación del personal. Menos mal que Melita con su tradicional encanto los tenía hechizados a todos, que si no yo creo que nos habrían terminado encerrando en alguna de las celdas.

Salimos del cuartelillo al caer la tarde, para alivio del jefe de policía, que se quería ir a su casa. Amelia salió con una multa por desacato a la autoridad, y nosotras más contentas que unas castañuelas porque ahora teníamos amigos policías.

Aquel episodio me enseñó a no callarme, porque aunque con el tiempo comprendí que Amelia no llevaba toda la razón, quizá si ella se hubiera callado cuando el guardia le recriminó hiriéndola en su orgullo de madre responsable, que lo era, habría quedado ante nosotras como culpable y eso sí que no se lo habría perdonado.

Amelia era así, directa y clara, odiaba los melindres y la ñoñería, defendía su razón y su sinrazón ante quien fuera. Se notaba que se había abierto camino a mordiscos con la vida.

—Perdona, Amelia —le dije sin saber dónde mirar—. Quizá no haya sido buena idea venir..., no sé..., no quiero molestar.

—Entonces, ¿por qué has venido? —Se estaba divirtiendo haciéndomelo pasar mal.

—Bueno, ya sabes que lo mío no son las grandes ideas..., pero de verdad que me apetecía mucho verte.

—Han pasado muchos años, Elena. Yo siempre me he acordado de ti, pero no, no me molestas, aquí todos los días son iguales. Las visitas se agradecen, aunque sean para los otros; te distraes mirando —contestó con ironía.

—Vamos, Amelia, no digas eso, sé que tu hija viene a verte todos los días.

—Casi todos —aclaró con cierto retintín.